

EL FINAL YA LO CONOCEN

Empezaré por el final: terminé marchándome de casa.

Era martes. Los martes eran los peores días, ya que nadie estaba en casa hasta las cinco aparte de él. Abrí la puerta y grité: “Papá, ¡estoy aquí!”. Silencio. Mierda, ¿dónde se ha metido? Dejé la mochila en el suelo y empecé a buscar. En la cocina no había nadie, solamente estaba la tele encendida reproduciendo un programa de soldados en el que un hombre quemaba no sé qué cosas. “¡¡¡Papá!!!”. ¿Baño? Tampoco. Las paredes estaban rotas y la lavadora ni me acuerdo hace cuánto que no funcionaba. Ojalá que no estuviera en su cuarto, ya que me había prohibido cinco mil veces que entrara. A la mierda. Abrí la puerta silenciosamente: “¿Papá?”. Pasos. “¿Qué quieres, Alexia?”, me asustó su voz, ronca y enfadada, y lo que venía después ya estaba escrito. Bronca, gritos y, de repente, su mano fría golpeó con rapidez mi cachete, dejando una marca roja de dedos en mi cara. Aunque mi vista estaba nublada por las lágrimas del susto, reconocí, sin quererlo, los restos de polvo blanco en el escritorio, los huecos en las paredes y las tapas de botellas en la basura en la esquina del cuarto. Reconocí su cara cansada y las pastillas en su mano. Me quería ir. Salir corriendo. ¿Qué podía perder? Él no me quería. Salí del cuarto corriendo, cogí comida, algo de ropa y con rabia apreté lo que cabía en la mochila. Eché un último vistazo atrás. Ojalá poder quemar recuerdos, como el soldador quemaba no sé qué cosas.

El final ya lo conocen.

Lara Schumann-9C